ŶAMĀL AL- GĪTĀNĪ: «PAPELES DE UN JOVEN QUE VIVIÓ HACE MIL AÑOS»

Por
AURORA CANO

Ŷamāl al-Gīṭānī, hijo de un pequeño funcionario y el mayor de cuatro hermanos, nace al sur de Egipto en Yīheina, el 9 de mayo de 1945, trasladándose a El Cairo donde se desarrolla su niñez y su juventud. Por los condicionamientos económicos de su familia estudia Artes Aplicadas, en la especialidad de restauración de alfombras orientales, que finaliza en 1962. Desde esta fecha hasta 1968 trabaja como restaurador de dibujos de alfombras, labor interrumpida por su estancia en prisión como detenido político durante seis meses. En 1968, tras publicar su primera colección de cuentos cortos «Awṛāq min šābb 'āša munḡu alf 'ām» (Papeles de un joven que vivió hace mil años), trabaja como periodista en un periódico matutino (Diario de noticias), siendo corresponsal de guerra de 1969 a 1976 en el frente del Canal. Posteriormente, en estos últimos años, ha seguido la guerra entre Iraq e Irán y el conflicto de la guerra civil en el Líbano. Actualmente lleva la sección de Estudios e Investigaciones en el citado periódico. Es Premio Nacional de Novela en 1980 y posee la condecoración de Artes y Ciencias en primer grado.

Aunque de familia humilde, pronto siente la vocación literaria, que culmina en 1963 al publicar su primer cuento en la revista libanesa «Al-Adīb», y un artículo sobre el cuento psicológico en «Al-Adab» egipcia.

Su producción literaria abarca diversos aspectos creativos, no sólo la narrativa, sino también Arquitectura («Las fuentes públicas de El Cairo», escribe sobre las ruinas islámicas de Marruecos, Sudán, Iraq, Siria, Turquía y Líbano...), recopilación de reportajes bélicos («Los egipcios y la guerra»), ensayos...

Se puede apreciar en la producción literaria de al-Gīṭānī una reacción contra el realismo social imperante en los narradores de la generación de los años 50-60, reacción que lleva a cabo no de forma directa, sino que se vale de diversos recursos estilísticos (trasposición espacio - tiempo, simbolismo...).

Al-Gīṭānī se enfrenta a la realidad, recoge su esencia con extraordinario talento, abre nuevos senderos a la narrativa árabe, senderos no abordados anteriormente, defendiendo al hombre y a lo más puro que hay en la vida.

PRODUCCIÓN LITERARIA:

- *Awraq šabb ʿāša mundu alf ʿām*. (Papeles de un joven que vivió hace mil años.) Col. de cuentos. Cairo. 1.ª ed. 1969. 4.ª ed. 1980.
- *Arḍ ... Arḍ*. (Tierra ... Tierra.) Colección de cuentos. Cairo, 1972. 2.ª ed. 1980.
- *Al-Zīnī barakāt*. Cairo, 1974.
- *Al-Ḥiṣār min talālī ʿihāt*. (El bloqueo desde tres ángulos.) Cairo, 1974. 2.ª ed. 1975.
- *Waqāʾiʿ ḥārat al-Zaʿfrānī*. (Sucesos del callejón «al-Zaʿfrānī».) Cairo, 1976.
- *Ḥikāyāt al-Garīb*. (Historias del Extraño.) Cairo, 1976.
- *Al-Rifāʿī*. Cairo, 1978.
- *Ḍikr mā ʿarà*. (Recuerdos de lo que pasó.) Cairo, 1977. 2.ª ed. 1980.
- *Āl-Zuwayl*. Beirut, 1980.
- *Jiṭaṭ-al-Gīṭānī*. (Esbozos de al-Gīṭānī.) Cairo, 1981.
- *Kitāb-al-Taʿlīyāt*. (El libro de las revelaciones.) Cairo, 1983.

PAPELES DE UN JOVEN QUE VIVIÓ HACE MIL AÑOS

«Nuestros sabios descubrieron estos papeles, unos sesenta, en unas excavaciones que se llevaron a cabo al norte de la fábrica de espejos, en un lugar donde se levantó hace mil años una gran ciudad de nombre «Al-Minyā» o «Asyūt». Aquellos papeles se refieren a uno de sus habitantes que los escribió durante la guerra que tuvo lugar a orillas del Nilo, en aquellas épocas lejanas, entre nuestros antepasados y un pequeño estado del que sólo nos han llegado datos insignificantes, de nombre Israel; de este pequeño estado se sabe que desapareció por completo y que sus noticias se perdieron finalmente.

En los citados papeles podemos percibir los sentimientos de uno de nuestros antepasados en esta época remota, donde parece que su país se expuso a ciertos peligros. También palpamos las sensaciones de los hijos de esta época opulenta, incompatible con la posterior victoria del socialismo en toda la tierra. Este joven nos ofrece una selección de sus lecturas y de las peculiaridades de la época.

Presentamos estos papeles tal como son, salvo unas simples acotaciones lo más breves posibles, pues no conocemos muchos detalles del autor de los mismos; solamente queremos respetar a uno de los primeros luchadores que facilitaron nuestra vida y del que ignoramos todo.»

Mi ciudad estaba completamente a oscuras, los grandes edificios eran espectros terribles de formas indefinidas, el silencio reinaba en todos los rincones sin alteraciones, ninguna voz se alzaba. Volví a escuchar la radio, música militar; un lánguido silencio agobiaba desde el exterior; uno de los compañeros miró una luz en una ventana superior; entonces aparecimos nosotros; «¡Apagad la luz..., apagad la luz!...» Soplan continuas bocanadas de aire; delante de una vieja casa se sienta un anciano que quería velar con nosotros; aseguraba que había visto cuatro aviones, pero no sabía con exactitud si eran nuestros o de los otros. Estos aviones bajaban para luego subir hasta no tener dudas de cuál era el objetivo fijado. Sonreí en las sombras, volví a escuchar la radio. A gritos una mujer manda callar a sus hijos. Una vasija de cobre cae en el piso superior. Por el espacio se esparce un aroma misterioso.

Dijo el locutor: «Nuestras fuerzas se lanzaron a un combate terrible sobre la tierra egipcia...». Grita un muchacho al que no veo; corrí para bajar el volumen de la radio, pero ahora el silencio es agudo, violento. El locutor vuelve a repetir la noticia, la situación es angustiosa, ya que relata que allí suceden cosas terribles. La distancia al campo de batalla parece verdaderamente grande, ¿a cuánto queda el Sinaí de nuestra ciudad? (La distancia desde el Sinaí, un auténtico desierto en aquel momento, hasta el punto más alejado del valle era considerada muy grande según los criterios de esta época.) Pero yo presiento el peligro, ¿qué ocurriría si se desplomara la presa de Asuán? Seguramente el agua inundaría nuestras tierras en pocas horas. Vuelvo a escuchar voces trémulas...

—Es posible que nos bombardeen aquí...

—Son como perros ciegos que no distinguen una cosa de otra...

Uno de los vecinos se acercó hasta nosotros señalando la radio:

—Esto quiere decir que están en nuestra tierra...

Contemplé la noche densa, viscosa, la radio enmudeció, no pude volver a escucharla, ¿qué sucede?, ¿qué ocurre?, quiero saberlo, necesito que algo surja y disipe esta oscuridad que me ahoga..., pero el silencio es agobiante; miramos la luz de una vela y volvemos a gritar: «¡Apagad la luz... apagad la luz...!»

«Páginas de las memorias»

*Mi país, mi país, mi país,
para ti mi amor y mi corazón,
aquí está El Cairo...
un instante de silencio...
música militar...
Egipto está en mi mente y en mi sangre...
lo quiero con toda mi alma y todo mi ser...*

«Difundido en una mañana temprano en los primeros días de junio»

Mi cuerpo siente escalofríos con una canción desolada y gris que me trastorna con una tristeza dolorosa, todo está en peligro; salgo rápidamente de mi pequeña habitación hacia las calles ahogadas de nuestra ciudad. La mañana está limpia, el cielo resplandece, pero yo lo siento rojo como la sangre, ahogado. Algo se lamenta, ¿qué es?, no lo sé, quizá sea el gran río, quizá sea la gente. Los niños se agolpan en tropel alrededor del vendedor de dulces ante una escuela. Los viajeros son la mirada del adiós, quizá sean los susurros de los jóvenes en el cielo, quizá sean los árboles y el zumbido de los insectos en sus ramas. Este monte, aquellos libros...

La radio dijo que nuestras fuerzas combaten en segunda línea. La pregunta me tritura como si fuera las ruedas del molino: ¿dónde están las posiciones de la línea de combate? Los mapas no me pueden ayudar porque no lo indican.

El director de la oficina bebe un café hablando de Rommel (jefe nazi que vivió en la primera mitad del s. XX). Habla de la Guerra Mundial y de los científicos, para terminar preguntando qué va a suceder con el cine, si va a cerrar por la tarde o bien abrirá sus puertas; comenta que los cines podrían funcionar los días de incursiones cuando se cierran los edificios y se prohíba encender las luces.

Me puse de pie y salí, no podía dormir, estaba extenuado, agotado. El inquilino del piso superior dijo:

—Nos bombardearon los americanos...

Le contestó su gruesa mujer:

—¿Es cierto que vienen al país y abren el vientre de las mujeres...?

El marido le gritó:

—¡Mujer!, ¿dónde vamos a parar?... ¡Juro por Dios que si esto llegase a ocurrir mejor sería morir!

Los niños se llaman a gritos por el barrio. Miré los libros amontonados en el suelo de la habitación; una cucaracha trepa por la pared, pero no muevo un dedo. ¿Qué harán mis amigos en El Cairo? Los ataques continúan sobre ellos, necesariamente su situación es peor que la mía. Se supone que yo podría dormir hasta superar la crisis, mis párpados están pesados, los granos de arena llenan mis ojos, ¡cuánto necesito dormir!, dormir para luego velar y contemplar las antorchas que atraviesan las sombras de la ciudad, pero me levanto rápidamente, salgo al camino...

«Páginas de las memorias»

Yo siento un frío más intenso que el del agua,
un calor más fuerte que el del fuego,
mi cuerpo se hunde en sudor mientras me estremezco por el frío...
Hay nubes en mis ojos y no puedo ver.

«La queja de Dios cae sobre Isis»

El color ceniciento, parduzco, se infiltra torpemente por el espacio, las viejas casas se hunden en el silencio al ponerse el sol, los peatones corren a sus casas; en la calle revolotea el olor de algo que se quema en algún punto, veo un gentío en una esquina caldeada y estrecha. Me detengo a oír al locutor..., uno de los traseúntes murmura:
— Nuestras fuerzas se han retirado a la orilla occidental.

Un amigo me aconsejó, hace tiempo, que me enjuagase con alumbre para aliviar el dolor de muelas. El sabor era amargo, fuerte, pero yo lo chupé lentamente, mi garganta se seca; una gran estrella brilla en un punto remoto del firmamento, el rayo de luz parece una línea tenue al otro lado, mientras el río se desliza pausadamente, sin ruido.

«Páginas de las memorias»

El Nilo ha decrecido este año, las cosechas se han perdido. La peste se ha apoderado de las gentes, Egipto se va quedando despoblado. El Nilo se desborda sobre la tierra y no se encuentra quien la siembre.

«Historia antigua»

Yo soy el rey Sūrid, hijo del rey Būdšir. Construí estas pirámides en sesenta años; quien quiera que las derribe en seiscientos años, sabiendo que es más fácil derribar que construir.

«Historia mítica»

«No le mataron ni le crucificaron, sino que les pareció así.»

(Corán, sura IV, vers. 157)

...Yo cruzaba la plaza del pueblo en una tarde amarilla, desolada. Avanza un vehículo grande de transporte. De repente, no sé de dónde ha podido salir tanta gente, unos hombres se acercan rápidamente al camión, extienden las manos hasta tocar la carga de sandías, las palmas tocan los verdes frutos, los gritos aumentan. Miré las casas bajas en silencio, levanté la mirada hasta el cine... Naṣā al-Ṣagira va montada en una bicicleta, la acompaña el galán Ḥasan Yūsuf que la rodea con los brazos; la película se titula «La playa de la felicidad», en su tercera semana de proyección a petición del público.

Me repite el sabor amargo del alumbre, el aire está caliente como el agua turbia. El sudor es viscoso. Por la tarde deseé que lloviera, que lloviera... Me devora la nostalgia de sentir gotas frías, frescas, y me juré que, aunque llueva, seguiré parado en la plaza, recibiendo el agua, no voy a echar a correr. Pero no hay que pensar que tal cosa pueda suceder en estos días resecos de verano, porque el cielo está completamente limpio de nubes. Veo a mi ciudad como una caja pequeña, estrecha, arrojada lejos del mundo; recuerdo a la tierra de Wāq al-Wāq, el monte Qāf, los marineros que navegan por mares sin orillas, las pequeñas aves emigrantes, débiles, que no encuentran un corazón donde refugiarse. Mientras, pasa la primera mitad de la noche. El reloj desgrana las horas en el vestíbulo de la estación, contemplo el camino extendido en el corazón de la noche... quién sabe... quizá llueva en la gran ciudad...

«Páginas de las memorias»

¡Dios mío!, Tú puedes hacer que fluya el Nilo para beneficio nuestro. ¡Dios mío!, Tú que hiciste crecer la semilla para nosotros, danos de comer. ¡Dios mío!, no nos castigues porque hemos pecado. ¡Dios mío!, Te invocamos como Tú nos mandaste, respóndenos como nos prometiste.

«Del Sermón de la rogativa del agua»

En el autobús reinaba un agobio muy grade, una mujer mira a un hombre que intenta tocarla con disimulo. En el extremo de la plaza se alza el elegante alminar de al-Husayn atravesando el espacio. Los hombres entran humildemente en la mezquita, inclinando la cabeza. Sobre el empedrado se detiene un hombre grueso que grita extendiendo las manos:

—Tengo el remedio eficaz para todas las enfermedades, por una piastra, lo tengo, ¡vengan todos!...

Cobijándose en la puerta de la fonda se sienta un carnicero grueso y bajito para hablar con su vecino el barbero.

—Construimos todo, pero nos falta la educación del espíritu. ¡Por Dios!, nos hemos olvidado precisamente de lo más importante: la educación del espíritu.

Desde la ventana contemplo a una joven en el balcón de enfrente, la miro un momento mientras ella pasa la mano por su pelo alisándolo; sonrío, inclina su cuerpo señalando el camino. Vuelvo a girar la mirada hacia la habitación. El sabor amargo del alumbre da vueltas en mi boca. Desde abajo grita un vendedor de periódicos:

—¡Corred, venid todos...! ¡América fue quemada en Vietnam...!

Me tumbé en la cama. La tarde comienza a caer grisácea, pesada; no he podido dormir una segunda noche en la gran ciudad.

Comenté al alto funcionario:

—Puedo hacer cualquier cosa que me pidáis, lo mismo en mi pueblo que aquí.

Me responde agitando la cabeza:

—Cada cosa en su momento. Cuando te necesitemos te mandaremos buscar.

Al regresar al camino me viene a la memoria el recuerdo de mi pueblo y de su sendero, mi corazón palpita. Tiempo atrás yo no comprendía el significado de la existencia de unos perros sobre la tierra de mi país, un algo viscoso, vil, que ofende mi hombría. Unos hombres bestiales que irrumpen en mi casa, violan a mi hermana ante mis propios ojos; yo la oigo gemir pero no puedo moverme, mis dientes se hunden en la tierra endurecida sin resultado. Miré fuera. La noche descende sobre la ciudad entristeciéndonos sin alboroto, aunque yo no pasaré toda la noche aquí, pues volveré a mi pueblo, a la estrecha casa, a la charla de los cafés, a la cháchara de las mujeres, a las palabras de mi compañera del taller, al trabajo...

Si tú dices que no volverás, ¿hasta cuándo será?

Miré la hora. Dentro de poco bajaré, será el final de las noches en la gran ciudad. Después no sé.

«Páginas de las memorias»

Es preciso que todos encontremos una solución para los jóvenes que siguen vagando por las esquinas. Abridles las puertas de los centros de la oposición popular.

(Una fotografía de unos jóvenes con las manos en los bolsillos, sentados junto a una verja frente a los americanos.)

Se produce un ataque audaz de los rebeldes del Vietnam, mueren mil soldados americanos.

El señor Ibrāhim agradece al oficial y a los soldados del puesto militar de la zona la ayuda prestada para recuperar su búfalo que había sido robado. Les está muy agradecido.

Muere Jane Mansfield, la actriz de busto más espectacular que yo haya conocido en el cine mundial. La cabeza se le separó del cuerpo.

Los Estados Unidos se equivocan al adoptar una decisión.

¿Dónde pasarás la velada esta noche?

Cafrobid es el más potente insecticida.

(De los periódicos de los últimos días de junio)

...Rojo, ...azul, ...dos líneas amarillas ...El anuncio de enfrente se enciende y se apaga. El café está repleto de gente. Mi amigo habla mientras se sube las gafas que le resbalan por la nariz:

—No queda más remedio que unirse a la gente, acercarse a ellos, hablarles.

Comió un trozo de pepinillo salado y bebió un trago de la jarra de cerveza antes de añadir:

—Así hay que actuar y no hay más, ¿no estás de acuerdo conmigo?

Guardó silencio unos momentos, de repente me preguntó:

—Respóndeme a una cosa: las noticias de la revolución desaparecen estos días, ¿tú sabes qué está pasando?

Moví la cabeza y me puse de pie. Sentí un ruido en mi oído; uno de los abejorros

que zumban en los campos de nuestra tierra estaba frente a mi cabeza. Volví al camino. Las calles estaban repletas de bellas jóvenes y de elegantes muchachos. Las faldas de las chicas son muy cortas y las caderas se contonean bajo la tela. Delante de una tienda de zumos se detienen grandes coches cuyos conductores beben vasos de zumos de mango y de fresas, lo que aumenta mi sed. ¿Qué voy a hacer?, ¿me quedo o voy a continuar andando indefinidamente?

Regreso a la fonda, me duermo, no despertaré hasta dentro de mil años. Vuelvo a las calles con la barba crecida, las uñas sucias, los ojos confusos; los demás me miran con ojos de reproche. Extienden las manos para tocarme. Los edificios son raros, me parecen pequeños. La comida no es como otras veces. Hasta en el agua encuentro el sabor amargo del alumbre. Se percibe un algo único, un temor. Quisiera encojermé. Aunque yo desapareciera, volvería al lugar de donde vine.

Enciendo un cigarrillo, aspiro el aroma del tabaco por la nariz. Al final del camino las luces se confunden unas con otras. En ese momento deseé tener una amiga dulce, delicada, de voz pausada y profunda, de barbilla atractiva, con un brillo en los ojos que encienda un ardor inmenso en mi espíritu, y que mientras uno hablara el otro escuchase. La habitación de la fonda me parece bien, con su cama de hierro negra, grande como un cementerio enorme y espantoso, donde Drácula corre desafortadamente y mira la puerta, esperándome, limpiando sus colmillos de los que chorrea la sangre. Brillan las luces del cine. En la pantalla del televisor un cantante se mueve mientras actúa. No escucho lo que dice, me voy lentamente.

Una mujer dice a un anciano: «Él se cree que el dinero que me deja es suficiente. Juro por Dios que tengo que pedir un préstamo de diez piastras por las diez que me da para poder alimentar a la familia. Dile que venga, que estoy cansada. La carga es muy pesada para mí, no puedo con ella».

«Páginas de las memorias»

Si muero sobre la cama quemad mi cuerpo,
distribuid las cenizas sobre las casas,
un poco para las casas del pueblo,
otro poco lo tiráis sobre Tanis,
otro poco ponedlo en las manos de un niño,
un niño al que besé sin conocerlo.

(Poesía vulgar. Ḥaṣṣāb)

Hablé con un amigo que encontré cerca del hotel y le dije:

—Así que estoy dudando, no sé si regresar o quedarme.

Me miró apoyando el vaso vacío sobre la mesita de mármol.

—Escucha, Māzin viaja a Ismāʿīliyya.

—¿Quién es Māzin?

—Uno cualquiera. Yo ya lo he decidido. En esa ciudad hay el ambiente propicio para hallar lo que buscamos.

Pasé la lengua por los labios mojándolos. Puse la mano sobre el hombro de mi amigo, sus ojos brillan de forma extraña. Siempre encontraré a otros como él. Seguramente otras noches odiosas traerán lo que necesito. Añadí:

—Nos encontraremos mañana.

—Traete una manta y una cantimplora de agua.

—¡Adiós!

No volveré a la estrecha habitación de la fonda, a la muchacha que me saludaba con la mano. Daré vueltas por los caminos hasta que la mismísima noche caiga. Los átomos de luz se precipitan en el vacío. Después me iré.